

¡Cuán grande eres, señor! ¿De tus misterios
A quién la inmensa magnitud no espanta?
La tierra duplicó sus hemisferios
Obedeciendo á tu palabra santa;
Quisiste, y perecieron los imperios
Como nube ante el sol. ¿Qué no quebranta
Tu fuerza? ¿Tu saber qué no ilumina?
¿Quién ante tí su corazon no inclina?

Yo te admiro en el Gólgota muriendo,
Yo te venero en Sinaí tronando,
Te veo el buque de Colon rigiendo,
Te siento el brazo de Cortés guiando:
Do quiera el son de tu palabra entiendo,
Do quiera estoy tu imágen contemplando,
Y atento siempre á tu favor divino,
Mi canto bendiciéndote termino,

CANTO II.

El sol apenas desgarrado habia
El húmedo cendal de la mañana,
Del mar en la aparente pedrería
Sendas trazando de encendida grana:
A los reflejos del naciente día
Con que apacible el cielo se engalana,
Mientras nuevos alientos peregrinos
En perfumes la flor y la ave en trinos.

El limpio azul de la risueña esfera
Del alba invade la creciente zona,
Que ya de Febo con la luz primera
Sus arcos de arrebales eslabona,
Y prendida la túnica rastrera
Que alguna estrella pálida tachona,
La muda noche de los cielos huye,
Y á Titan sus dominios restituye.

El Creador, su hechura examinando,
Halló que estaba bien, y la bendijo
Y la mandó vivir, tal como cuando
Del caos la sacó: con regocijo
De los humildes ángeles el bando
Aplaudió el Verbo que el Eterno dijo,
Y al hosanna los puros luminares
Respondieron en místicos cantares.

Luego ante el sólio de pérenne vida
Do el Uno y Trino su grandeza ostenta,
La noble frente de temor ceñida,
El ángel de la noche se presenta:
Espíritu que tiene la medida
De las tiniéblas, que los pasos cuenta
Que da por el zenit la noche tarda,
Y de los hombres el reposo guarda.

El, para repartirlos por el mundo,
La oculta llave de los sueños tiene,
Y del silencio lúgubre y profundo
La taciturna sucesión previene:
Del huracan el ímpetu iracundo
Templa por mas que los espacios llene;
De sombras prende en impalpable valla
El ronco mar y su bramido acalla.

Su oído escucha de la yerba verde
Al separar la tierra el estallido,
Y de sus venas que el insecto muerde
Oye el débil tristísimo crujido:
Su aguda vista el oscilar no pierde
De fácil savia por el tallo henchido,
Ni del gérmen liviano el movimiento
Cuando en sus alas lo transporta el viento.

El paso rige soñoliento y grave
De blanca luna por la esfera umbría,
Y reconoce en el dormir del ave
Los trinos que ha de dar al otro día:
El de la noche los misterios sabe,
Y percibe, previene, cuenta y guía
Cuanto sucede y suceder pudiera
Del sol pasado al alba venidera.

Apenas el crepúsculo dorado
Con móvil franja el occidente orilla,
Y el tímido lucero plateado
Sobre el azul del horizonte brilla,
Desciende y en el pecho fatigado
Derrama de los sueños la semilla,
Y apenas luce de la aurora el velo
Bendice el mundo y se retira al cielo.

Envuelto como en túnica preciosa
En sus alas de niebla trasparente,
Con inefable voz armoniosa
Cual manso arrullo de lejana fuente,
Ante la escelsa magestad radiosa
Doblando la rodilla reverente,
En lengua sin palabras ni medida
Cuenta dió así de su mision cumplida.

“Señor, corrí, conforme á tu mandato
De la creacion los ámbitos oscuros,
Y dí del mar en el recinto lato
Cárcel al sol en cristalinos muros:
Semillas derramé de sueño grato,
Disipé los maléficis conjuros,
Y así cual te bendice por el día
Ví que todo al dormir te bendecia.

“Tu nombre santo se conserva en todo
Y en todo se propaga y se venera,
Sobre la base del terrestre lodo
Y en los pilares de la limpia esfera;
Los seres guardan de tu ser el modo,
Tu vida en su bondad se regenera,
Y por do quier los ecos adormidos
Ecos son de tu nombre en mis oídos.

“Rodando el orbe por la línea sigue
Que le trazó tu dedo en el vacío,
Y todo en él la sucesion prosigue
Que le mandó cumplir tu poderío.
Atomo no hay que á tu creacion se ligue
Que no haya recorrido el vuelo mio,
Ni senda por los aires desusada
Que no esté por mis alas azotada.

“Justos ví que en silencio se affigian
Por mano criminal encadenados,
Y yo les dí la paz que te pedian
Y ahuyenté de su insomnio los cuidados:
Santos ví que alabanzas te decian
Del fácil sueño por orar privados,
Y yo al pasar con reverencia hollaba
El aire oscuro que su prez llevaba.

“Virgenes ví de candorosa frente,
Dormida el alma, el corazon despierto,
Palabras murmurando tiernamente
Que amor arranca de su labio incierto:
Ancianos ví que con afan demente,
De la edad olvidando el paso yerto,
Soñaban en riquezas é ilusiones,
Del árbol de la vida breves dones.

“Vi potestades de la tierra llenas
De incurable recóndita amargura,
Mas recargado el corazon de penas
Que de adornos la regia vestidura:
Dar de su llanto á las amargas venas
No quise mi beleño de dulzura,
Que dispuso tu gran sabiduría
Llore de noche quien brilló de día.

“Vi tambien libertinos que turbaban
El nocturno reposo de los seres,
Y en crapulosa bacanal libaban
La envenenada flor de los placeres:
Yo los dejé gozar como gozaban;
Tú, que sa Dios, su padre y su juez eres,
Muéstrales de tu gloria los destellos;
Yo no hice mas que suspirar por ellos.

“Sabios ví que el reclamo desoian
De tu piedad, y por Luzbel tentados,
La cavilosa mente divertian
Por sendero de errores y pecados:
Y los ilusos su doctrina oian
Y de su falsa brillantez llevados,
Como ciegos por ciegos conducidos,
A la verdad cerraban los oídos.

“¡Ay! cuánto cuadro de afliccion presenta
A mis ojos el orbe! Do quier veo
La discordia que al tímido amedrenta,
El cisma que da fuerzas al ateo;
Do quier triunfante la impiedad se ostenta;
Do quier se cumple el infernal deseo;
Do quier perdida la razon humana
Tu religion por extinguir se afana.

“La Europa visité, donde las gentes
Grito de guerra de tu nombre han hecho;
La sangre allí derrámase á torrentes;
Hiere el hermano del hermano el pecho;
Hunden los justos las turbadas frentes
En el sangriento polvo, triste lecho
De los que en dura guerra fatricida
Pierden la humana y la celeste vida.

“Tu iglesia, como nave destrozada
Del viento y de la mar por los embates,
Apenas resistir puede apenada
De la enemiga furia los combates:
El hombre á quien dijiste, *en mi morada*
Ataré yo cuanto en la tierra ates,
En vano media en la sangrienta lucha;
Nadie su voz conciliadora escucha.

“Antes bien á sus voces de consuelo
Responde la Impiedad osada y ciega:
Rasgado está de tu mentira el velo;
No es Dios el Dios que á mi razon se niega:
Mi ciencia corre en victorioso vuelo
Y hasta la causa de las causas llega,
Y con la fé que proclamando vienes
Atado el mundo á tu miseria tienes.

“El Asia visité, los arenales
Atravesé del Africa abrasada,
Y en una y otra parte los mortales
Cierran los ojos á tu luz: echada
Una semilla de terribles males
Está sobre la tierra; la turbada
Razon por comprenderte se fatiga,
Y es por no comprenderte tu enemiga.

“Si un monje ardiendo en caridad sublime
Tu ley predica en apartada zona,
Y del error los ánimos redime,
Y logra del martirio la corona,
Otro monje en los ánimos imprime
Duda tenaz, escándalos pregonas,
Y su palabra en artificios rica
Del error los parciales multiplica.

“Mas no por eso de tu amor perece
Falto de riego el saludable fruto;
Almas quedan aun en que florece
La fé y á tu verdad rinden tributo:
La luz que diste al hombre brilla y crece
Por mas que luce el enemigo astuto,
Y si un mundo con nieblas la rodea,
Con afan otro mundo la desea.

“Visité la region afortunada
Que á Cortés y á los suyos enseñaste,
Donde con rayos de verdad sagrada
Del error los emblemas fulminaste:
La semilla del bien allí arrojada
Por tí tal fruto da, que no hay quien baste
A recoger la mies de arrepentidos
Que se esfuerzan por ser tus elegidos.

“Allí están los humildes de la tierra
De limpio corazon y ciencia escasa;
Ni la temible duda los aterra,
Ni la secreta envidia los abrasa:
Tosca y sencilla su oracion encierra
Perfumes de candor, porque sin tasa
Cunden en su inocente fantasía
La fé que salva y la virtud que guía.

“Esa gente no ha visto en el Calvario
Morir á un Hombre Dios entre ladrones,
Y ha vivido hasta aquí por el contrario
Sin conocer tu nombre ni tus dones;
Es su pecho precioso relicario
Do, en vez de religiosas tradiciones,
Consoladora, incorruptible dura
Del nuevo culto la sin par dulzura.

“Mas aun el árbol de la fé no arraiga
Tan fuertemente en ellos que no sea
Muy de temer que su verdor decaiga
Y muerto al cabo de aridez se vea:
Es de temer que Satanás estraiga
Con los medios maléficos que emplea
La savia de ese vástago precioso
Hoy colmado de flores y frondoso.

“Yo he visto de los genios infernales
Surgir abominable muchedumbre,
Présaga de quebrantós y de males,
Para extinguir tu bienhechora lumbre,
Y hacer que esa poreion de los mortales
Por la atraccion de secular costumbre
A su ignorancia primitiva vuelva
Y á maldecir tu nombre se resuelva.

“Señor, impide con benigna mano
Que en nuevo error América se anegue;
Reconozca tu influjo soberano
Y á tus altares con fervor se apegue:
De tus prodigios el profundo arcano
Desplega á fin de que ninguno niegue
Que eres tú el Dios cuya temible diestra
Senda feliz al que te adora muestra.

“Ya de tí diste en el Antiguo Mundo
Señales milagrosas y sin cuento;
Mas de una vez se estremeció el profundo
Al contemplar allí su vencimiento:
De tu favor el manantial fecundo
Muestra, Señor; merecen un portento
Que al cielo admire y á la tierra asombre
Tantas almas salvadas por tu nombre.”

De la angélica voz las armonías
El eco blando en derredor acrece,
Cual perfume vivaz que en las umbrías
El áura inquieta susurrando mece:
En la frente del Padre de los días
El trigono de ciencia resplandece,
Y el orbe suspendió su movimiento
A la sentencia de su Dios atento.

Cuando una forma de dulzura llena,
Bella, inefable, celestial divina,
Del jardín de los cielos azucena
De amor bañada en fuente cristalina;
De mas grato mirar que la serena
Luz de la tarde cuando el sol declina,
De mas grato reir que el de la aurora
Cuando los cielos su arrebol colora;

Forma que de los cielos el encanto
Es y con todo el cielo se engalana;
Forma divina cuyo tipo santo
No percibió jamas la vista humana;
Feliz esencia del dichoso llanto
Que las ternuras del Eden hermana;
Espejo de los ángeles se miran;
Foco de luz de bienestar respira;

María en fin, que á tan suprema altura
Su nombre solo por elogio basta,
La rosa de Sion modesta y pura,
La vírgen de Belen amante y casta,
En cuyo limpio seno de criatura
Moró el Verbo de Dios, como se engasta
Rico joyel entre labores de oro
Realzando con el cerco su tesoro;

María, pues, al trono de su Hijo
Vino á llevar la ofrenda de su ruego,
Y el Empíreo tembló de regocijo
Al palpar de su mirada el fuego:
Humillada la faz así ella dijo
En blando son de místico sosiego,
Mientras en torno de ella los querubes
Zona formaban de vivientes nubes.

“Ya que por fuerza de tu mano pia
De la verdad se dilató la esfera,
Concédeme, Señor, desde este dia
Que fecunde tan rica sementera;
Y valga en pro de la plegaria mia
Una de aquellas lágrimas siquiera
Que hecho mi corazón de muerte osario
Vertí al pié de tu cruz en el Calvario.

“Quiero sobre esa tierra afortunada,
Donde fuiste tan pródigo de dones,
Mi predilecta maternal mirada
Tender y arrebatat los corazones;
Y que esa gente á salvacion guiada
Mi nombre en sus humildes oraciones
Pronuncie siempre, porque así parezcan
Mejor y mas de tu bondad merezcan.”

Dijo María, y todo el firmamento
En silenciosa vibracion se agita
Con el hondo confuso movimiento
De un corazon que la inquietud escita:
La paloma de Cristo como un viento
Sobre el seno de Dios se precipita;
El Trino quiso, y por ocultos modos
El divino querer sintieron todos.

Que nunca con palabras se refiere
La voluntad de Dios á ser alguno,
Que es la palabra vibracion que muere
Sin dejar de su son rastro ninguno:
Mas cuando Dios espresa lo que quiere,
Al ser diciendo de sus fallos uno,
Esculpe los decretos de su ciencia
Del mismo ser en la impalpable esencia.

Cumplida vió su peticion María,
Y su bondad los ángeles cantaron;
Se estremeció la tierra de alegría
Y los mares de júbilo bramaron:
Mas riquezas de luces aquel dia
En el sol los mortales admiraron,
Y tuvieron en tonos mas suaves
Nuevas maneras de trinar las aves.

Con superior ornato de verdores
Mostróse de la tierra el haz riente,
Y movió sus cristales corredores
Con mas dulzura la modesta fuente:
El generoso cáliz de las flores
Perfumes nuevos ofreció al ambiente,
Que al resbalar entre las leves hojas
Trocó en himnos sus flébiles congojas.

Mas ¡qué nube es aquella que bajando
Del Tepeyac sobre la enhiesta cumbre
En giro fácil y en descenso blando
Los aires hinche de dorada lumbre,
Y del sonoro cóncavo exalando
Voz como de celeste muchedumbre,
Con las lenguas de fuego que desata
El alma tras los ojos arrebatá?

No fué sin duda tal ni tan hermosa
La que de niebla y luz masa confusa,
Del Sinaí la cumbre peñascosa
A las miradas de Judá rehusa:
Sin duda es la mansion esplendorosa
Do á la tierra descende. . . . Pero, Musa,
No tan sin freno tu anhelar te arrastre;
Sirva á tu vuelo la razon de lastre.

Cosas tan altas como al mundo cuentas,
Que al espresarlas se estremece el labio,
Nombres tan respetables como mientas,
Que adora el justo y que venera el sabio,
No así girando en cláusulas violentas
Digas haciendo á tu humildad agravio,
Sin que den á tu frase mal tegida
Peso el respeto y la piedad medida.

Sol el asunto que sin fuerza cantas
Es y eres tú voltaria mariposa,
Y así á la esfera de tu sol levantas
El atrevido vuelo presurosa?
Así del ángel las palabras santas
Y el celeste cantar repetir osa
Con arpa humana y voz de criatura
Tu atrevida y fantástica locura!

¡Así con mundanales devaneos
La trama haciendo vas de tus canciones,
Y mides á compás de tus deseos
De Dios las soberanas perfecciones!
Aunque lograras de cuarenta Orfeos
Acumular en tí las concepciones,
¿Cómo puede juzgar tu mente ciega
Lo que concede Dios y lo que niega?

Cuenta y adora lo que viendo vayas
Mientras aliento á tu cantar no falte,
Tal como el nauta las remotas playas
Observa y goza con su verde esmalte;
Mas no al mortal las permitidas rayas
Salves por mas que la ambicion te asalte,
Ni osada intentes en vedado vuelo
Icaro nuevo remontarte al cielo.

Que así como el tentado Adán no pudo
Volver jamas á su primer morada,
Donde el rubor lo contempló desnudo
Y la inocencia lo dejó alarmada,
Que del querub el llameante agudo
Filo guardaba del Eden la entrada,
Y la tierra á los hombres ofrecia
Cardos que su sudor enternecia.

Así tampoco tú, númen profano,
Ageno á los católicos fervores,
Tú que gastaste tu vigor lozano
En placeres y fútiles amores,
No esperes que abra compasiva mano
La fuente de los místicos favores
Para tí, aunque con voces incesantes
A Dios invoques y á su madre cantes.

Respetar los misterios de esa nube
Que al Tepeyac desde la esfera baja:
En su seno tal vez algún querube
En pro del hombre con afán trabaja;
Puede que sirva, si al Empíreo sube,
A un bienaventurado de mortaja;
Pero el milagro que á tu vista ofrece
Respeto y no curiosidad merece.

Que, si pretendes ser águila altiva
Las poderosas alas sacudiendo
Y de las gracias en la vena viva
La inspiración seráfica bebiendo,
Verás cual tu soberbia te derriba,
Y despeñada ruedas con estruendo
Sobre la tierra, do sus cuerpos viles
Arrastran perezosos los reptiles.

Reptil serás, como tu audacia hinchada
Deponiendo, al sagrado no te acojas
De la bondad divina y con templada
Mano la rienda á tu altivez recojas:
Haz que al son de la lira consagrada
Vibren del árbol de la fé las hojas,
Y en vez de hablar de altísimos arcanos
Canta lo que perciben los humanos.

CANTO III.

Sin firmeza de sólido cimiento
Sobre la tierra de verdor desnuda
Una serie de chozas tiene asiento,
De ramaje ruin fábrica ruda,
Recortando el azul del firmamento
De sus techumbres con la arista aguda,
Entre las cuales su espiral enreda
Al subir del hogar parda humareda.

Con anchas hojas el maguey robusto
Del suelo rompe los avaros senos,
Y allí sus brazos al usado gusto
Brinda de savia embriagadora llenos;
Allí entristece con verdor adusto
El nopal espinoso los terrenos,
Y allí naturaleza nada cría
Que brinde á los sentidos alegría.